

Exclama así el padre, y en vivos colores
El rostro de Xóchitl tiñendo el rubor,
Responden sus labios: — «No es justo que ignores
Que el rey hace tiempo mi afrenta selló.»

— «¿Qué dices? ¿Es cierto...? ¿Y así en mi presencia
Tú misma te acusas?» — «Culpable no fuí:
Sin armas ni escudo, candor e inocencia
Vencidos quedaron.» — «¡Ah padre infeliz!

«¡Tal cieno en mi sangre! ¡Tal mancha en mi nombre!
¡Tal dolo y tan negra perfidia en el rey!
El mal que nos hizo tirano, si es hombre
Que en algo se estima, repare tal vez.»

«Hablarle pretendo: si fuí su vasallo,
Su falta le humilla y es hoy mi deudor.
Temblar ha de hacerle mi enojo; mas callo,
Que el mozo ya vuelve. . . . Prudencia, y adiós!»

Las flores recibe Papantzin, las paga,
De nuevo cojea, se aleja hacia el Sur:
Al par que le aflige su afrenta, le halaga
Que Xóchitl aun tenga decoro y virtud.

Da cuenta a su esposa del fruto del viaje,
Descanso a sus miembros, da mano al disfraz:
De noble a otro día ciñéndose el traje,
A Tula sin mozos ni obsequios irá.

VI.

Papantzin pide reparación al rey, y no la obtiene.

Ante el rey al mirarse el ofendido
Padre, su faz anubla ceño adusto,
Y Tecpancaltzin, que le presta oído,
Encubre mal de su conciencia el susto.
— «Contigo hablar a solas he querido,
Dícele el noble al fin, monarca injusto,
Porque de publicar es bien que huya
Mi propio deshonor la infamia tuya.

«De los reyes de Tula tú el primero,
Arrastrando a tu pueblo al precipicio,
Del alto solio el lustre verdadero
Empañas con la mácula del vicio.
Con cetro y amistad, tirano, artero,
A honesto matrimonio a quien propicio
El cielo se mostró, robaste el fruto,
Su bienestar así trocando en luto.

«Marchitaste la más fragante rosa
De la heredad de tu mejor vasallo,
Y al cortarla tu mano codiciosa
Tembló el arbusto y lastimóse el tallo.

Contra ti mismo el oprimido osa
A tu alteza pedir severo fallo,
Que es, aunque el cetro tuerza la malicia,
Superior a los reyes la Justicia.

«Si de nuestra nación sencilla y pura
No quieres que tu nombre espanto sea,
Limpia el borrón que en mancha más obscura
Al ofensor que al ofendido afea.
A Xóchitl infeliz por su hermosura,
Hoy devuelve el honor, que es su presea;
Y si te niegas a llamarla esposa
Fin a mi vida pon que hiciste odiosa.»

Trémulo a un tiempo de vergüenza e ira
El turbado monarca le contesta:
— «El pueblo en otro rey, si bien se mira
Nunca flaqueza halló tan manifiesta;
(Así al hablar el déspota suspira.)
Mas tampoco insolencia como ésta
Con que mi enojo excitas importuno,
Antes jamás mostró vasallo alguno.

«Viendo que honor y probidad la fuente
Son y la causa de tu ciego encono,
Olvido tu lenguaje irreverente
Que mereció castigo, y te perdono.
Por no ser al Estado conveniente
Xóchitl no subirá conmigo al trono.

Vuélveme tu amistad; yo te prometo
Que habrá de ser mi sucesor tu nieto.

«Con esposa y amigos, si prudentes
Júzgales tú, ve a Palpan cuando quieras,
Y allí, en unión de Xóchitl, sus parientes
Permanecer podéis horas enteras.
Aumentaré tus feudos y las gentes
De mi favor señales verdaderas
En ti verán sin tasa cada día,
Sostén de la tolteca monarquía.»

No al padre alhagan, no, promesas tales;
Mas, trocado su enojo en desaliento
Remedio por no hallar para sus males,
Dióse a la soledad y a su tormento.
Que si en pechos mezquinos o venales,
Caro lector, allá en tu pensamiento
La deshonor y la dicha acaso ayuntas,
En noble corazón no caben juntas.

SEGUNDA PARTE

I.

Mueren los padres de Xóchitl.— El mal ejemplo del rey
inficiona al pueblo.

Desde que al lado de Xóchitl
En gracias y edad el niño
Fué creciendo, el rey dejóla
Señora de su albedrío.
Mas si rompió en apariencia
La prisionera sus grillos,
Quedó cerrada su cárcel
Con el candado del hijo.
Y en vano sus padres quieren
Que vuelva al hogar tranquilo
Donde la vieron dichosa
Limpia el alma, el honor limpio.
Ella sus consejos oye
Sin resolverse a seguirlos
Porque llevar no la es dado
A Meconetzin consigo.
Acusáronla de ingrata
En el postrimer suspiro
La desconsolada madre

Y el noble honrado y altivo.
Ella, al saberlo, clavado
Sintió en el alma un cuchillo,
Que es de irreparable culpa
Remordimiento infinito.
Y, no hallando ya del mundo
En el inmenso vacío
Quien cultive para ella
La dulce flor del cariño,
Al seductor apegóse
Su infamia echando en olvido,
Cual con el tiempo se apega
Al carcelero el cautivo.

Fuése a vivir de la corte
En la opulencia y el brillo
Poniendo fin al misterio
De su deshonor asilo.
Y como acrecen los años,
Si cabe, sus atractivos,
Más y más al rey impone
El yugo de sus caprichos.
Dió feudos en abundancia
A sus parientes y amigos;
Dispuso de las riquezas
De la corona a su arbitrio,
Con larga mano impartiendo
Al necesitado alivio.
Empero de su privanza
El ejemplo fué nocivo

A la nobleza tolteca
 Y al pueblo recto y sencillo
 Que hasta allí culto en el trono
 A la virtud ha rendido.
 Y cuanto perdió el monarca
 Veneración y prestigio
 Haciendo a la faz de todos
 Patentes sus extravíos,
 Tanto así ganan y cunden
 En los súbditos sumisos
 Antes a sus leyes sabias,
 Los reprobados instintos
 Del lujo y la inobediencia
 Y los placeres y el vicio.—
 Más fuerza traen si bajan
 De las montañas los ríos,
 Y abrasa la luz del sol
 Si en el zenit está el disco.
 Quien de la social esfera
 Alcanza elevado sitio,
 Lleva ejemplo y enseñanza
 Del bien o el mal en sí mismo.

II.

Sube Meconetzin al trono.—Sus cualidades.

Al terminar Tecpancaltzin
 De su gobierno el período,

Que hacen leyes y costumbre
 Improrrogable y forzoso;
 Como aversión desde joven
 Tuvo siempre al matrimonio,
 Carece de hijos legítimos
 Y, cual antes ofreciólo
 Al noble irritado, sienta
 Al natural en el trono.

A éste alegan su derecho
 Dos parientes no remotos
 Quauhtli y Maxtlatin llamados,
 Sabios, valientes y mozos.
 Que entrambos en la nobleza
 Cuentan partido es notorio:
 Rigen Estados pequeños,
 Arman ejércitos propios:
 Si desairados se estiman,
 Con pretenderlo tan solo
 Pueden causar en el reino
 Inapagable alboroto.
 Es preciso complacerles
 Y obrar con ellos de modo
 Que su interés sigan viendo
 En su adhesión, no en su odio.
 Pensando así Tecpancaltzin
 Halla de su fin el logro
 Trayéndoles junto al hijo
 A que le sirvan de apoyo.
 Los tres á Tula gobiernan:

Empuña el cetro de oro
Meconetzin y le imparten
Consejo y luces los otros.

Aquél tomó de Topiltzin
El nombre, y la causa ignoro.
Es de apacible semblante
Con muy expresivos ojos,
Aunque le afea el cabello
Crespo y apretado y tosco.
Su gentil cuerpo en altura
Y fortaleza es un olmo:
Tiene el carácter afable,
Noble el ánimo y brioso.
Si manda es sin despotismo,
Si castiga es sin enojo;
En él amparo halla el bueno
Y, al par, la injusticia coto.
Y así en los primeros días
De haber ascendido al solio
Fué de sus padres orgullo,
Fué la esperanza de todos.

III.

Se acercan los tiempos anunciados por el astrólogo.—

Visión del rey en sus jardines.

Mas ¡qué de esperanzas dulces
El viento menor abate

Cual árboles sin raíces,
Cual edificios sin base!
Tuercen el paso mancebos
Que sólo ejemplos constantes
De honestidad y decoro
Contemplan desde que nacen.
¡Qué mucho, sí, que lo tuerza
Quien advirtió desde infante
Que en ir por senda torcida
Son los primeros sus padres!
¡Y más si debe a su origen
Ser combustible su sangre
En tiempo en que del contagio
La chispa cunde en los aires!

Tras años de marcha recta
Y de gobierno admirable
Que amor y alabanza excita
En su pueblo y los distantes,
Topiltzin de los placeres
Dióse a la corriente fácil
En cuyas ondas naufragan
Sus mejores cualidades.
No presta oído al consejo
De sus colegas cual antes,
Y da a sus reconvenciones
Por toda réplica ultrajes.
Con el poder absoluto
Se alzó por completo y hace
Dél eficaz instrumento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1075 DUNFREY, REYES